

RADUAN NASSAR
Una niña en camino

TRADUCCIÓN DE ELENA LOSADA

narrativa sexto piso

Una niña en camino

Una niña en camino

RADUAN NASSAR

TRADUCCIÓN DE ELENA LOSADA SOLER



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original
Menina a caminho

Copyright © RADUAN NASSAR, 1997
Publicado originalmente por COMPANHIA DAS LETRAS, São Paulo

Primera edición: 2020

Traducción
© ELENA LOSADA SOLER

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2020
América 109
Parque San Andrés, Coyoacán
04040, Ciudad de México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.
C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda
28014, Madrid, España
www.sextopiso.com

Diseño
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEG0

Formación
GRAFIME

ISBN : 978-84-17517-96-0

Impreso en España



BIBLIOTECA NACIONAL



Obra publicada com o apoio da Fundação Biblioteca Nacional
Obra publicada con el apoyo de la Fundación Biblioteca Nacional

ÍNDICE

[Una niña en camino](#)

[Hoy de madrugada](#)

[El vientre seco](#)

[A eso de las tres](#)

[Manitas de seda](#)

[El viejo](#)

[Crisantemos](#)

UNA NIÑA EN CAMINO

Al salir de su casa, la niña camina sin prisa, anda descalza en medio de la calle; a veces se desvía ágil para espantar a las gallinas que picotean la hierba que crece entre las piedras de la cuneta. El vestido casero, cosido probablemente con dos retales, cubre su cuerpo delgado como un tubo; la falda es de un paño grueso y descolorido; la blusa es de raso, de fondo negro y brillante, con un enorme estampado chillón de vivos colores, tan grande que sobre el pecho liso de la niña sólo se ve un trozo de hoja tropical. Debe de dormir y despertar, día tras día, con las mismas trenzas, unos restos aplastados. Una de ellas, deshilachada, se sostiene con dos horquillas que casi naufragan, ya casi deshecha; los mechones de la otra están mal sujetos en lo alto por un lazo sucio que cae como una flor marchita sobre su frente. Mientras se relame al andar las fibras de mango pegadas al círculo amarillo y pegajoso alrededor de su boca, la niña olvida por un momento las otras distracciones de la calle hasta que se acerca a un pequeño tumulto frente a la máquina de trillar arroz; tres chiquillos salen por la puerta grande del almacén arrastrando cada uno un saco de paja.

«Quinzinho sólo ha llevado dos sacos hasta ahora», refunfuña uno de los chicos.

«Pero nos va a prestar el uniforme de cuando era *boy scout*», dice el segundo.

«¿Y qué? Mi hermana Lena nos va a prestar dos disfraces, uno de bahiana y otro de hawaiana, y yo ya he llevado seis sacos, con éste siete...».

La niña se queda pasmada siguiendo clandestinamente aquella disputa, nota un entusiasmo gozoso escondido tras la discusión.

«Creo que es mejor que dejes de protestar», recomienda el tercer chiquillo.

Descalzos, sin camisa, con el cuerpo encorvado por la carga, los chicos arrastran los sacos, que estiran por uno de los extremos, como si les tirasen de la oreja. Y la paja, con ese movimiento que a veces se atasca, va hinchando cada vez más la abultada barriga de los sacos. Al pasar por el suelo de tierra, uno de los chicos ve a la niña en cuclillas, observándolos por debajo de la panza curva de un caballo cuyas riendas están amarradas a una de las argollas de plomo. Los tres chicos se paran.

«El circo es hoy, en casa de Dinho», grita uno de ellos agachándose para toparse con los ojos de la niña bajo la barriga del caballo.

La niña vislumbra el fondo oscuro de un patio, un gran círculo acolchado de paja de arroz, velas encendidas sobre las estacas, los trabajadores del circo, los niños trapecistas, y sus ojos brillan de emoción.

«Son diez céntimos», dice Dinho agachándose también.

Zuza, el mozalbete que pasa por la acera de enfrente con una pelota de cuero bajo el brazo, afloja el paso y se dirige al centro de la calle:

«¿En casa de quién es el circo?», pregunta.

«En la mía», dice Dinho.

«¿Y quién trabaja en ese circo?».

«Nosotros, y Quinzinho, y Tuta e Iracema, que cantarán “Un carro de bueyes”, y Eunice...».

«Nice no va a ir», interviene uno de los chicos. «Su madre dice que la otra vez le pasó aquello...».

«¿Qué es “aquello”?», pregunta Zuza maliciosamente.

«¡Venga, ya lo sabes!».

Zuza hincha el pecho, lleno de sí, mientras el chico le advierte con miedo:

«La madre de Dinho ha dicho que quien tenga más de doce años esta vez no entra, sólo Quinzinho, Quinzinho va a prestar...».

«¡Cierra el pico, gordito!».

El chiquillo se calla y clava los ojos en el suelo. Zuza hace una mueca:

«¡Qué birria de circo...! ¡Y Quinzinho que no se ponga chulo conmigo!»., dice despechado y soltando de repente la pelota de cuero, hace una parada con el pecho y la pisa con el pie derecho. Con los brazos libres compone en un instante el gesto: «Yo no pienso entrar en ese circo», dice moviendo el brazo lentamente arriba y abajo, tieso por el corte de mangas que hace con los ojos llenos de descaro.

«¡Aquí yo no entro, eh, no entro!».

La niña abre los ojos como platos y sigue con aprensión la amenaza del chaval. Los tres chiquillos ni se mueven y, a sus pies, uno tras otro, caen los tres sacos, vomitando paja por la boca abierta, como si les hubieran dado un golpe violento en la barriga.

«¡Zuza! ¡Zuza!».

Zuza deja *ipso facto* de hacer el corte de mangas. Coge disimuladamente la pelota y mira.

«Zuza, ven para acá».

Apoyada sobre un almohadón de satén azul, en el alféizar de una ventana alta, doña Ismênia, rolliza, muy pintada, disfruta de la primera sombra que ya roza su casa y agita la mano llamando a Zuza. El chico baja de la acera mientras los tres chiquillos, sin más dilación, recogen los sacos por un extremo y se largan rápidamente de allí, dejando en el suelo tres marcas circulares de paja amarilla, como si fuesen tres yemas enormes cociéndose al sol. Zuza sube a la otra acera desmañado y alza los ojos hacia la ventana.

«Pero Zuza, ¿no hace ni una semana que has empezado a trabajar y ya estás ganduleando?», dice doña Ismênia con los ojos juguetones, la cara coloreada como el trasero de un mandril.

Zuza sigue mirando hacia arriba, la pelota de cuero en el arco del codo.

«¿Tienes el día libre, Zuza?».

«Sí», responde azorado.

«¿Es cierto que don Américo ha cerrado el almacén?».

«Sí, es cierto».

«¿Y sabes por qué?».

«Don Américo me ha mandado cerrar las puertas y yo las he cerrado no hace ni media hora».

«¿Y por qué?».

«Dijo que era por el calor y que yo podía irme».

«¡Qué!».

Otra mujer, medio escondida detrás de la cortina, recogida hacia uno de los lados, pellizca el muslo grueso de doña Ismênia, que sofoca un chillido volviendo la cara y ampliando la sonrisa. Se apoya de nuevo en el almohadón. Sus senos blancos como la leche, explosivos, que casi se escapan por el canalillo del escote, turban aún más al muchacho.

«Dime una cosa, Zuza, ¿qué es eso que andan diciendo del hijo de don Américo?».

El bulto tras la cortina ya no mantiene el decoro, estalla, sin dar la cara, en una carcajada, mientras doña Ismênia, muerta de risa, se agita tanto en la ventana que parece que va a vomitar una mazorca. Zuza también se ríe, sin saber por qué, las mejillas le arden, pero la algazara incomprensible de las dos mujeres se extingue poco a poco.

«¿Puedo hacerte otra pregunta, Zuza?».

«Claro».

«Dime una cosa más, ¿quién te ha enseñado a hacer cortes de mangas así?», pregunta doña Ismênia, acentuando la malicia, al tiempo que se atraganta con un nuevo ataque de risa. «¡Ya vale, Mênia! Pobrecillo...», dice la voz tras la cortina

«El corte de mangas que haces está muy bien, Zuza...», añade doña Ismênia, alimentando la hoguera de risa. Se menea de nuevo en la ventana, haciendo temblar los senos de gelatina, llora de tanto reír, después suelta un gritito por el pellizco que recibe otra vez en el muslo. Termina extenuada: «¡Ufff!». «Ay, Mênia, ¡qué vergüenza...!», dice la voz tras la cortina.

Zuza arde de sonrojo, las orejas como una hoguera.

«Eso es todo, Zuza», remata doña Ismênia entre suspiros.

Zuza sigue mirando hacia arriba.

«Eso es todo», dice apartándose, desviando la mirada y canturreando bajito: «larará, larará, larirí...».

Se dirige de nuevo al muchacho:

«¿Tu madre está bien, Zuza?».

«Sí, está bien».

«Dale recuerdos».

«Dale recuerdos», repite doña Ismênia viendo que Zuza no se va. Detrás de la cortina, una risita, como un maullido, aparece y desaparece.

«Hasta luego, doña Ismênia», dice finalmente el muchacho.

«Hasta luego, Zuza. Y dale recuerdos a tu madre, ¿eh?».

Zuza se va, andando cada vez más rápido, atento tal vez a su curiosidad, que crece a cada paso, mientras en la ventana de doña Ismênia vuelven las risas con fuerza renovada.

Agachada todavía junto al caballo, la niña desvía los ojos de la ventana y ve, ya lejos, a los tres chiquillos que arrastran los sacos de paja por el suelo de tierra, como si fuesen tres pequeños arados, uno junto al otro, que dejasen a su paso surcos estrechos a lo largo de la calle.

Cuando el caballo aparta las patas traseras la niña ve, escondido en lo alto entre las extremidades, su sexo voluminoso de alquitrán. Ella cambia rápidamente de postura, se echa hacia atrás, con los bracitos estirados, las palmas de las manos plantadas en la tierra. Incluso así recibe las salpicaduras de la fuerte rociada, del chorro de orina que deja un charco en el suelo. El temor de sus ojos aumenta con la carcajada de los mozos de cuerda, dos criollos musculosos y un blanco rechoncho, que duermen la siesta en la acera, tendidos a la sombra de un árbol.

«No juegues con la tranca del caballo, niña», bromea uno de ellos, moviendo el sombrero como si fuera una calabaza de mate, en un gesto obsceno que provoca las carcajadas de los otros dos. «No juegues con esa tranca, que está embrujada».

Asustada, la niña busca con la mirada la ventana de doña Ismênia, pero sólo encuentra el almohadón abandonado en el alféizar, percibe apenas un bulto agitado cuya risa se enreda en el encaje de la cortina. Se levanta de un salto, tropieza con la carreta parada casi enfrente de la máquina de trillar arroz y sale disparada.

Respirando con la boca abierta, ya en la esquina de la calle principal, sigue desde allí con la mirada al camión viejo, que se acerca, levantando una polvareda amarilla, con la carrocería bamboleante, haciendo un ruido del demonio en esa hora de la siesta cuando todo está tranquilo. El camión pasa, pero la niña sigue allí, con el dedo en la nariz, mirando indecisa aquí y allá.

«Dov'è il bambino?».

Todavía en la esquina, el dedo obstinado en la nariz, la niña sigue indecisa. Pocos pasos a su

derecha, una niña con una falda azul y la blusa blanca sale de casa colocándose la cartera escolar y la fiambarrera en bandolera, oliendo a limpio de la cabeza a los pies. En cuanto pasa la niña de uniforme, con sus andares menudos y altivos, la primera deja la esquina y la sigue algunos pasos atrás. Los calcetines hasta la rodilla, blancos, y los pliegues de la falda, como gajos en perfecto orden, maravillan a la niña sucia y descalza, que se come también con los ojos las trenzas cortas, doradas, dos bizcochos de pastelería. La niña de uniforme, que hasta el momento no se había girado ni una sola vez, para de repente y se vuelve.

«¡Oh!», dice, y moviendo la mano abierta tocando con el pulgar la punta de la nariz, hace una mueca ordinaria y le saca la lengua, tan larga e inesperada que casi asusta a la niña de atrás, que se queda un buen rato allí parada, mirando cómo la niña de uniforme se aleja muy tiesa, como si fuese una muñeca de porcelana.

Despreciada, tarda en reparar en el grupo de hombres de la barbería de al lado, conversando animadamente a media voz alrededor de un hombre de carnes fofas. Ella se acerca entonces tímidamente al umbral y, en la acera, se apoya en la pared del salón. Recorre con los ojos la estantería de espejo, dirige después su atención hacia el enorme frasco de loción amarilla, y descubre, con un punto de extrañeza, los mechones de cabello, suaves tal vez, junto a la silla giratoria. La rubia desnuda de la foto de la pared sólo lleva una estola sobre los hombros, que cae peluda sobre los brazos abiertos dejando bien a la vista los pezones. De soslayo, el ojo de la niña vislumbra también el retrato enmarcado de Getúlio Vargas, colgado al fondo, sobre la puerta.

La cháchara del hombre fofa llega poco definida y débil desde el centro del círculo, nadie se mueve mientras él habla, y el barbero, que luce una cabellera de cantante de tango y un diente de oro que muerde siempre el labio inferior, tiene el brazo estirado hacia fuera del círculo, empuñando la navaja aún abierta, con un montoncito de espuma en la punta. Otro tipo parece un fantasma, sobre la ropa lleva una sábana blanca llena de pelos cortados. La mitad de la cara está llena de espuma, la otra ya tiene la barba rasurada. El fantasma tiene una voz fuerte, da miedo: «¡Una buena paliza!», dice. «Eso es lo que su hijo necesita», sentencia a cada pausa que se hace en la conversación.

«Ya verá lo que le espera», dice el hombre fofa. «Nadie se libra. Es lo que yo digo, siempre lo he dicho, eso es lo que dije una vez: “El Gallego es un hijo de puta; Alfeo, el de la pensión, es un hijo de puta; Zé-Elias es un hijo de puta, todo el mundo sabe lo que amaña cuando pita un partido; Nenê, Garcia, Tónico-da-luz, João Minervino, Nelão, el de la barbería”, tú mismo, Nelão, “Nelão, el de la barbería”, dije, afilado como la navaja que usas, “Nelão también es un hijo de puta...”».

«¿Qué coño estás diciendo?», dice el barbero, frunciendo el ceño. «¡Aclara eso, joder!», dice, empezando a preparar un gruñido.

Las manos gordas del hombre fofa piden silencio en el aire.

«¿Quién de todos esos tipos que se pasan el día en la zapatería de Filó no es un hijo de puta? En realidad, no hay nadie, nadie en esta ciudad, o en no importa qué ciudad, que no sea un hijo de puta. Y vosotros no tenéis que recordarme lo que yo ya sé: sé mejor que nadie que yo también soy un hijo de puta, pero eso no me impide decir que él, Américo, ése sí que es un hijo de puta, y que ya verá lo que le espera».

«Eso no, amigo, eso no. Deja de decir lo que vas diciendo por ahí de Américo y de su hijo y vamos a dejar claro eso de “hijo de puta” antes de que empiece a revolver la mierda con las cosas que Américo siempre ha dicho de ti», dice el barbero armando un pequeño alboroto.

Los sombríos mofletes del hombre fofa empiezan a brillar con el sudor que transpira.

«Si tú crees que eres un hijo de puta, ése es tu problema, no seré yo quién te prohíba sentirte

así, puedes creer eso y más, y te digo que incluso puedes creer que eres lo que Américo anda diciendo de ti, pero de ahí a lo que estás soltando..., eso no, hombre, eso no, ¡mi madre es una santa!».

El hombre fofo coge el pañuelo para secarse la cara como si fuese una borla de polvos de arroz.

«¡Una paliza! ¡Una paliza!», repite el fantasma aislado, con su voz que repercute como el tambor de la banda. «¡Una paliza! ¡Eso es lo que su hijo necesita!».

«¡Mi madre es una santa!», insiste el barbero desbaratando el círculo cada vez que levanta exaltado el brazo enarbolando la navaja. «¡Mi madre es una santa!».

Y un tipo bajito, siempre nervioso pero ajeno a los gritos del barbero, se baja la mano hasta el sexo y, agarrándolo como una pelota a través de la tela de los pantalones, dice mientras lo sacude:

«Esto es lo que necesita la flor de su hijo, esto».

La niña no despega el ojo de la bola de tela del bajito, pero el círculo se recompone, se calla de repente y el hombre fofo, dándose toques todavía con el pañuelo en la frente, sale por un momento del apuro con un buen pretexto:

«¡Vete niña!», dice con aire protector.

Escabulléndose en un plis-plas, la niña desaparece de allí. Se para en la esquina y dirige los ojos a la calle que cruza la principal: no muy lejos, un grupo de chiquillos, armados con palos de escoba, ataca a gritos a un perro y a una perra apareados, unidos uno al otro como una longaniza. Como se mueven en direcciones contrarias, los animales no consiguen salir de allí y se dejan golpear hasta que uno de los chiquillos les echa encima un cubo de agua caliente. El perro y la perra se largan gañendo, en direcciones opuestas. El perro se pierde de vista, mientras la perra, que se acerca a la niña, se arrima a un muro. Con la cabeza entre las piernas delanteras se lame ansiosamente la quemadura del trasero.

La niña se aparta apenada, pero vuelve a pararse después de algunos pasos, frente a la escuela de doña Eudóxía. Espía tímidamente a través del cristal de una de las ventanas; están todos quietos en la clase. Paralítica, la vieja maestra está siempre en aquella silla del rincón, junto a la pizarra, con las zapatillas de lana en el suelo, los pies sobre el taburete cubierto por la raída manta a cuadros que le protege también las piernas. Pero sujeta firmemente el libro, que hojea lenta, como si escogiese la lección. Todos los alumnos tienen un libro abierto sobre el pupitre, y cada vez que doña Eudóxía pasa una página, todos los niños la pasan también.

La niña observa maravillada el grabado colorido del caballete: un zapatero examina una suela estropeada en su mesa de trabajo, mientras una niña pobre y descalza espera junto a él. Qué pena, por la cara del zapatero parece que el zapato no tiene arreglo... ¿Qué historia contará cada uno?

La atención de la niña se desvía hacia el chiquillo que deja de pasar la página mientras los otros aún la pasan y empieza a mover la mano como un abanico frente a su nariz. Doña Eudóxía para de hojear el libro, mira por encima de las gafas, frunce los labios como un gran pico y empieza también a mover la mano. El abanico de los niños va y viene, va y viene. El abanico de doña Eudóxía es más torpe, vaaa y vieeene, vaaa y vieeene, y mientras vaaa y vieeene, ella escruta de un lado a otro la mirada de cada alumno, pero en vano.

«¿Quién ha sido?», pregunta doña Eudóxía.

Nadie dice nada, están todos ocupados: vaivén, vaivén.

«Quiero saber quién ha sido».

Nadie dice nada, siguen todos ocupados: vaivén, vaivén.

«¡Beeca!», grita doña Eudóxía, enérgica, balanceando la papada.

Beca, la asistenta, que al mismo tiempo cuida de la casa y ayuda a la maestra, viene corriendo.

Los niños, mudos, paran de mover el abanico.

«Averigua quién ha causado este mal olor», ordena la maestra.

Beca se coloca detrás de la primera fila, se agacha y huele de cerca el trasero de cada alumno. En la fila siguiente, sin embargo, interrumpe su tarea en el segundo pupitre. Allí, de pie, con el dedo tieso, apunta inmediatamente a la nuca de una niña, justo la que lleva trenzas cortas y doradas, dos bizcochos de pastelería.

Sin poder creerlo la niña asiste a través de la cristalera a los tres palmetazos en cada mano como castigo. Doña Eudóxía tira la regla a un rincón mientras la niña de los bizcochos llora. Fuera, encogida, la niña no se da cuenta de que señalan a la ventana, pero sus ojos se topan de repente con los ojos de acero de la vieja maestra.

«¡Beeeca!».

Aterrorizada, la niña desaparece de la ventana, vuelve a aparecer como de rebote en el suelo del bar de la esquina.

«Eh, flacucha, ¿andas dando vueltas como una cucaracha mareada?», dice el mulatito Isaías tras el mostrador de los sorbetes.

La niña se levanta, oscila un poco, se mira la raspadura leve del brazo, pero nadie repara en ella aparte del chico, que tiene en las manos una pala larga de madera con la que bate el sorbete en el caldero que gira.

En la mesa del rincón, en el lado exterior de la barra acristalada, el dueño del bar está en entretenida conversación con dos tipos que sueltan unas risitas estridentes como los chillidos de un ratón, mientras van sorbiendo su café. Los ojos de Isaías, menudos e inteligentes, se vuelven hacia la mesa del rincón y la niña tiene la impresión de que sus orejas, redondas y grandes, aumentan cada vez más de tamaño. La niña lanza una mirada hacia las magdalenas, tortas y bizcochos, y se detiene en los caballitos de galleta adornados con confites de colores, amontonados en la parte baja de la barra acristalada. Se acerca después a la máquina de sorbete, pone las manos con un gesto tímido en la superficie fría del mármol, y recorre con la mirada las tapas abolladas que cierran las bocas de los seis recipientes. Se pone de puntillas, comprueba dónde está la atención de Isaías, todavía concentrada en la mesa del rincón, y sumerge en seguida los ojos golosos en el caldero que gira, con la pala que bate al mismo ritmo contra la pared interna, revolviendo de arriba a abajo una masa pastosa de color rosa. La niña se relame aún de gusto cuando se vuelve hacia la puerta por el alboroto que se acerca.

Tres chicos turbulentos entran en el bar arrastrando a Zé-das-palhas, que se pasa el día haciendo discursos contra el Gobierno. Pobre Zé, cree que la radio puede funcionar también al revés, que puede llevar a otras partes la voz de la gente. Al final todo el mundo se ríe.

«Don Zé va a dar un discurso del carajo, ¿dónde está la radio?», dice el chaval del tupé. «Un discurso sobre el hijo de Américo, bien picante, ¿verdad, Zé?».

«Ahora se va a armar», dice Isaías como si hablase con la niña.

Apoyada en la sorbetera, la niña está confusa, no sabe si mirar a Isaías o al gallito del tupé, con la cresta un poco caída sobre la frente y la camisa medio abierta para que se vean las nuevas plumas de su pecho. El gallito lleva una pulsera ancha de cuero negro en la muñeca derecha. ¿Para qué debe de servir?

En la mesa del rincón, los cuchicheos se extinguen con el arrastrar de sillas, pero el dueño del bar, que al principio fruncía el ceño, ahora está muy animado con los comentarios que están haciendo. Lleva entonces a Zé-das-palhas al otro lado de la barra y le coloca la silla, prometiendo al orador comprarle unos céntimos de paja si le echa picante del bueno a su discurso. Zé sube torpemente a la silla, con los bolsillos llenos de paja de maíz, de espaldas a la calle y con la nariz

pegada a la Philips, instalada allí en la estantería en una hornacina grande entre las bebidas. Atizado contra el hijo de Américo, parece que no se dé cuenta del alboroto.

«Puedes hablar», dice el gallito, exigiendo al mismo tiempo silencio al gallinero.

Zé-das-palhas gira al revés el mando de la radio, apaga el bolero mexicano que estaba sonando, se coloca bien las solapas de la chaqueta y el panamá en la cabeza y compone la postura mientras se concentra. Detrás de él, de pie, separado sólo por el cristal de la barra, el gallinero se amontona. No se oye ni un suspiro, hasta que Zé lanza la voz desgarrada hacia la radio, como si hablase ante el micrófono, sacudiendo al mismo tiempo el dedo en el aire, como si riñese a alguien.

«Doctor Getúlio Vargas, el pueblo brasileño está cansado, cansado, ya no aguanta más tanto apretarse el cinturón, no aguanta más pasar sólo con harina de mandioca, no aguanta más que mande usted gente a la cárcel; nuestras trenas están ya a reventar, don Getúlio, están así de borrachos, hombre, así de beodos».

Uno de los pollos se mete dos dedos en la boca y silba, el otro mira qué encuentra en la basura y tira a don Zé cáscaras de plátano, de naranja y hasta mondas de mortadela, pero en el alboroto del discurso nadie sabría decir si el dueño del bar y los tipos que cuchicheaban están protestando o sólo divirtiéndose.

«Doctor Getúlio Vargas, el pueblo brasileño está cansado, cansado, cansado...».

«Para-para-para», berrea el gallito haciendo callar al gallinero y a Zé-das-palhas de un solo picotazo. «No es momento para ese purgante, don Zé; habíamos quedado en otro discurso por una copita de Fernet. Mira que hablar de Getúlio, ¿qué importa eso ahora?».

«¡Getúlio es nuestro padre!», dice una voz atronadora desde la puerta.

Todos se dan la vuelta, menos Zé-das-palhas.

«¡Madre mía!», dice Isaías como si hablase con la niña.

Grande, con unos músculos que casi revientan la manga del mono, el hombre de la puerta repite frente al gallinero acoquinado:

«¡Getúlio es nuestro padre!».

Don Zé, con el pico cerrado, ni se mueve de la silla. De espaldas a la calle y con la nariz pegada a la radio, parece que esté colgado en la estantería, con las hojas secas de paja saliéndosele de los bolsillos de la chaqueta y de los bolsillos traseros de los pantalones. Debe de estar esperando las palabras del gallito que, sin explicarle el lío, da un giro y se larga a la francesa, saliendo del bar con los dos pollos.

El hombre del mono de trabajo sigue señalando al orador, mudo sobre la silla como un muñeco disecado.

«Sacad de la estantería a ese espantapájaros», dice con la misma voz atronadora, antes de irse.

Después de llevar a Zé-das-palhas hasta la acera, el dueño del bar se vuelve hacia los dos individuos, que siguen pegados a la mesa del rincón.

«¿De dónde ha salido este tipo?», pregunta, intentando disimular su memez con unos aires de sorpresa.

«Lo he visto en la Unión Obrera», dice Isaías, volviendo en sí con la mirada del patrón, de repente inquisidor y decidido. «Es decir, debe de ser ferroviario...», corrige rápidamente, enterrando los ojos en el caldero, pero satisfecho.

El dueño del bar se deleita en el silencio, hace como que deja pasar la cosa, se sienta y regresa al cuchicheo.

Ágil, la vieja entra en el bar con un vestido que le llega a las canillas, de un algodón tan

oscuro que encoge aún más su cuerpo encorvado. Lleva en la cabeza un pañuelo que se estrecha, tieso como un embudo, sobre la joroba. Al entrar se acerca a la sorbetera, golpea con el dobladillo de la falda la pierna de la niña, observa la masa dentro del caldero con una mueca ácida en la boca, y pregunta de qué es el sorbete. El muchacho retira la pala, aprovecha para limpiarse el rostro con la manga de la camisa. «De pasas, abuela». Su cara adquiere algo de color cuando muestra los dientes, sonriente, guiñando el ojo con malicia:

«Ahí afuera el suelo arde, ¿verdad abuela?».

La vieja hace un mohín que le tuerce la boca.

«Quema los pies, sólo se habla de eso... Pero no todos días son domingo, ¿no es así, abuela?».

«No digas tonterías, que yo soy de pocas palabras».

«No son tonterías, no, abuela», dice él metiendo de nuevo la larga pala de madera en el caldero, con tanta fuerza que parece que hincase una lanza en la carne dulce y rosada del sorbete.

«¿De cucurucho o de palito, abuela?».

«Más respeto, chico, yo quiero una botella de aguardiente».

«¡Virgen Santa!».

El dueño del bar asoma rápido, se pone detrás de la barra:

«¿Ha pedido usted una botella de aguardiente, doña Engrácia?».

«Ya he dicho lo que quiero».

«El almacén de don Américo está cerrado. Por eso ha venido usted a comprarla aquí, ¿verdad?».

«Don Américo nunca ha cerrado el almacén».

«Pero hoy lo ha cerrado, todo el mundo lo sabe, no hace ni una hora».

«No quiero oír historias, tengo prisa, tengo que hacer la cena».

«Pero es pronto para pensar en la cena, doña Engrácia».

«Eso es cosa mía...».

«¿Para quién es el aguardiente, abuela?», interviene burlón Isaías. «¿No irá usted a hacer la cena con la cazalla?».

«No es asunto tuyo, mozo atrevido, y usted, ¿me va a vender o no el aguardiente?», grita la vieja.

«No se enfade, doña Engrácia», dice el dueño del bar, volviéndose hacia la mesa del rincón donde los dos individuos sentados sofocan una carcajada. Él se sube a la silla, coge la botella del estante más alto, le saca el polvo: «Aquí tiene, doña Engrácia, y no se enfade tanto, mujer», dice mientras la vieja se saca del bolsillo un pañuelo arrugado que levanta para taparse la boca, como si callase su resentimiento. Cóncava, la boca se hunde más por la presión de la tela, la punta del mentón asoma bajo el pico del pañuelo.

La niña observa el perfil de esa cara tosca, los ojos hundidos, la nariz huesuda, la piel seca y arrugada que recubre una cara de bruja. La vieja coge la botella, la aprieta con las manos y los brazos contra su pecho hundido. Se aparta lentamente y baja el escalón del umbral echando pestes en voz baja. La niña sale tras ella, sigue a doña Engrácia un poco, aflojando el paso cuando la vieja, con andares veloces, cruza la calle como si volase en una escoba y desaparece con un remolino al doblar la esquina.

Desde el interior de su pequeño taller de dos puertas el Tío-Nilo, mirando por encima de las gafas está midiendo a la niña, sorprendida mientras sigue a la vieja. Ella se avergüenza, baja la mirada, pero se acerca. Levanta la malla de alambre y abandona su cuerpo menudo contra la cortina metálica que cierra una de las puertas, ¡qué olor a cuero tan bueno hay en el taller de Tío-

Nilo, el guarnicionero!

La niña busca al tordo, que no está en su percha, ¡qué raro...! No se queda en la jaula. Nunca huye, vive suelto en el taller. Vaya, está encogido justamente en la estaca del mono sinvergüenza. El mono está también allí, estirándose mientras trepa por la estaca clavada en la pared del fondo, sobre la puerta. Tiene, a pesar de estar disecado, la desenvoltura de un movimiento osado, la cara mirando a los que pasan por la calle. Ojos vivos, la cola larga que acaba casi en un caracol. El mono audaz parece que está siempre subiendo, pero nunca sale de su sitio.

La niña se entretiene después admirando sillas, arreos y vainas. Piezas adornadas con cenefas y metales. De vez en cuando mira de reojo al viejo guarnicionero: medio sentado en el taburete alto detrás del mostrador, con la muleta apoyada en la estantería a su espalda, Tio-Nilo trabaja concentrado un cuero curvado, va cortando el cuero con el cuchillo sin empuñadura, pero de filo tan agudo que parece que recorta una cáscara grande de naranja. Solitario, nadie cuchichea en su taller. Tio-Nilo escoge con cuidado los recortes, guarda el sobrante para un posible uso, deja las gafas a un lado, coge la muleta y se pone en marcha. Alto, flaco, la barba blanca y rala, el muñón de la pierna izquierda bien tapado y envuelto con un retazo de tela de los pantalones. Después regresa al taburete con otra suela. Está solo, toda la semana trabajando en la mesa del mostrador o cosiendo con aquella máquina rara, menos el sábado, que es cuando llegan los mayores, tez tostada, pañuelos coloridos al cuello, gente ruda y delicada. Dejan los caballos con las riendas amarradas en las argollas de la barra, uno junto a otro, tan ordenados como en las batallas santas de las romerías. Poco a poco estos hombres de campo se apiñan allí, en la talabartería, arañan el suelo con sus espuelas, seleccionan piezas con adornos y útiles triviales de equitación, cuentan sobre todo su vida dura y escuchan con respeto las palabras escuetas del artesano severo. ¿Por qué dicen que Tio-Nilo es un hombre peligroso?

Apartándose de su tarea, clava otra vez el mentón en el pecho, arquea la ceja y frunce el ceño mientras sus ojos saltan por un momento por encima de los aros redondos, esbozando una sonrisa franca hacia la niña. Ella no se lo puede creer, ¡su corazón se pone a bailar! Con ligereza, la niña abandona la malla de alambre, anda unos pasos de espaldas, se endereza en la acera, se frota un poco de saliva en el arañazo del brazo y después abre las alas en equilibrio, atenta a no pisar fuera de la guía. Mientras se aparta, sus piernas se cruzan como las de una bailarina flacucha y sucia bajo un solazo caliente y rojo.

Un poco más allá hay un borrachín sentado en la cuneta. Con las piernas abiertas y estiradas, lleno de remiendos en el paño inmundo de sus pantalones, los pelos de la barba como trazos al carboncillo, dos cáscaras de capulina como ojos, un cigarrillo de paja que descansa en la oreja de soplillo, parece un muñeco de fieltro maltratado que se ríe al ritmo del mundo: «ja-ja-ja», «ju-ju-ju», «ji-ji-ji». La niña pasa a su lado y en su boca resuena bajito, como un eco, «ja-ja-ja», «ju-ju-ju», «ji-ji-ji», pero sus ojos siguen la sombrilla azul que pasa a lo lejos, girando despacio, con un gesto suave, en las manos de una joven coqueta. Sin perder de vista a la chica allá a lo lejos, codicia la tela florida de una tienda de tejidos, y se cruza unos pasos después con el anciano que debe de padecer un dolor de cabeza eterno, por lo triste que está.

«Dov'è il bambino?».

El señor Giovanni está otra vez gimiendo. Se adivina en él una vida generosa en el pasado, porque se entregó como pocos al pueblo, desde el principio. Ahora, ya caduco, anda desorientado por su ciudad, con la mirada perdida, hablando solo, como si buscara a un niño. «Qué malandrino».

Todavía en equilibrio en el borde de la acera la niña baja las alas cuando ve mejor el caballo que se acerca en sentido contrario. A paso lento, un campesino cabalga solitario en dirección a la

iglesia y al cementerio. La mano izquierda lleva las riendas, la derecha sujeta el pequeño ataúd blanco, adornado con una cenefa plateada, que lleva bajo el brazo. «Un angelito», balbucea la niña, persignándose. En cuanto pasa el caballo, se para y se vuelve hacia el otro lado de la calle.

Frente a ella se levantan edificios comerciales enmarcados por puertas estrechas, que algunas veces terminan en arcos. La composición piramidal de los tejados se repite en muchos almacenes, con sus puntas visibles a pesar de las fachadas lisas. Uno junto al otro, en una sucesión interrumpida aquí y allí por largos pasillos cuyo acceso está casi siempre protegido por pequeños portones. La niña se distrae, con el dedo otra vez en la nariz, buscando antes de atravesar la calle la casa con el águila de alas abiertas, que parece terminar su vuelo de piedra en lo alto de la fachada. Las siete puertas de ese almacén están cerradas y en la pared, entre dos de ellas, hay un garabato a carbón.

La niña cruza la calle, sube a la acera y se para frente al almacén sin atinar con el sentido de las letras negras del garabato. Se da la vuelta cuando repara en la bicicleta de un alumno de secundaria con uniforme caqui que pedalea tranquilamente, los mofletes rosados, la mirada pícaro siempre fija en las enormes letras pintarrajeadas a carbón. Lleva los libros sujetos detrás del sillín y el chucho de pelo corto, con el muñón del rabo tieso, acompaña los círculos que traza la bicicleta balanceando su cuerpo sobre el alegre juego de sus patas.

El adolescente mira a la niña de una forma sospechosa y silabea varias veces el garabato al carbón, sin pronunciarlo. La niña abre mucho los ojos, presta mucha atención a las muecas que él hace, pero no consigue leer los movimientos de su boca. En un impulso la bicicleta sale de órbita, el cuerpo del adolescente se arquea, la cabeza se inclina con gracia sobre el manillar, y sonrío a la niña con sus dientes de tiza mientras se aleja en línea recta.

Cuando la bicicleta dobla la esquina, la niña se vuelve de nuevo hacia el almacén, se dirige directa a la puerta que tiene una brecha entre los dos batientes. Empuja uno de ellos, entra en el almacén, pero se queda parada en la entrada, cohibida por la súbita oscuridad. Un silencio húmedo y blando; ningún ruido de la calle allí dentro. El aire que respira está impregnado de un olor a pesca salada, especialmente a bacalao. Poco a poco la mercancía recupera sus formas, sumergidas en una sombra calma y fría de recogimiento, con aquella luz sólo filtrada por las lucetas de cristal sobre las puertas.

La niña avanza algunos pasos entre sacos de cereales expuestos sobre bidones de queroseno y no ve a nadie. Abre los ojos cuando descubre la barrica de anchoas, siente la boca vacía y perdida al vislumbrar un compartimento lleno de trozos irregulares de azúcar. Hunde inmediatamente la mano en la barrica en busca de anchoas, come muchas, ansiosamente. Lame la sal que hace que le pique la piel alrededor de la boca y restalla la lengua. Después coge un trozo de azúcar, luego otro, y otro, de los más grandes que están en la superficie. Se le hincha la barriga, la voracidad del comienzo desaparece y la niña, a intervalos, sin ganas, sigue lamiendo el terrón enorme que tiene en la mano, mientras pasea libre por el almacén vacío. Explora confusa la composición geométrica de las baldosas bajo sus pies, las latas apiladas, los hierros amontonados en un rincón, las baterías de cocina, los rollos de tabaco, las botellas en los estantes, las telarañas del techo.

En el listón colgado de dos cordones, en lo alto, están colgados, como tres banderas cuadradas, una junto a la otra, las telas que estampan las figuras de tres santos. Ni san Antonio con un niño en brazos, ni san Pedro, el de la barba florida, con una enorme llave del cielo en la mano, ninguno de los dos consigue impresionarla: la niña no aparta los ojos de la imagen de Juan el Bautista estampada en el banderín del centro, contempla con indolencia simulada pasión al niño de cabellos rizados que aprieta contra su pecho un cordero de cortas patas, un cayado roza su hombro

desnudo. Mientras lame el trozo de azúcar, el niño se transfigura, se transporta a las frías noches de junio, el banderín de san Juan flamea en lo alto de un mástil erguido en el centro de la feria, iluminado por las llamas de la leña que arde debajo. Pero suspendido así en un recogimiento de sombras, el niño de ojos dulces y cabello ensortijado se diluye tal vez en la calma triste de un convento.

La niña baja la vista y el pirulí metálico allí al fondo, detrás del mostrador, llama su atención. Espiral y colorido, el móvil ingenuo pende del extremo de un cordel, junto a la entrada a las habitaciones interiores, donde hay un teléfono de manivela y un retrato de Getúlio Vargas sobre la puerta. Sin nada que aparentemente lo ponga en marcha, la mano de un niño, soplo o brisa, el pirulí gira sin cesar. A la niña le encanta, no vacila, va hacia el fondo, rodea el mostrador, pero sus dedos se aflojan, el pedazo de azúcar gotea sobre los zapatos de don Américo.

Sentado en un cajón, con las piernas abiertas, los codos hincados en las rodillas, la cabeza entre las manos, don Américo tiene los ojos fijos en la llama de una vela que crepita ligeramente por la caída cercana del pedazo de azúcar. Levanta entonces la cara apesadumbrada que tiene para la niña tanta fuerza y horror como las historias del cementerio.

«¿Qué quieres, niña?».

La niña tiembla.

Todavía sentado, don Américo levanta del suelo la botella que sostiene la vela y descubre, tras ella, el cuerpo aplastado del trozo de azúcar.

«¡Lárgate de aquí!», grita.

La niña, entonces, habla del susto, como una cascada:

«Mi madre me manda a decirle que usted le estropeó la vida, pero que usted va a ver ahora lo que es tener un hijo como el que usted tiene, que usted va a ver lo que es tener un hijo como el que usted tiene, tener un hijo como ése...».

«Lárgate, lárgate ya de aquí, zorrilla mugrienta; lárgate ya o te meto esta botella con la vela encendida y todo por el chocho, y también a la puta de tu madre, y a esa puta que es tu madre...».

La niña sale disparada, se le cae el lazo mientras recorre el almacén, llega confusa a la salida mientras don Américo corre tras ella a gritos, empuñando la botella con la vela y todo. Llega sin aliento a casa, pálida, temblando. Entra en la salita atestada y sucia de retales, papeles y cáscaras de mango. Su madre interrumpe la costura, para la máquina, empuja hacia atrás la silla con ruido, refunfuña por el retraso, más irritada todavía con su hija menor que se agarra a su falda. La pequeña se cae berreando, el mocososo que gatea sin calzones abre la boca también, y la niña mayor empieza a vomitar: las judías de la comida, mango, pedazos de anchoa, azúcar. Suelta la primera papilla y empieza a chillar tan desesperada que su madre se descontrola:

«Que no te oiga tu padre, que no te oiga tu padre. ¿Qué te ha hecho ese patán? ¡Cuéntamelo, cuéntamelo!».

La niña cuenta lo que puede, la historia sale húmeda, interrumpida y empapada por unos sollozos tremendos. Alucinada, la madre empieza a tirar lo que encuentra: patrones, regla, recortes, y con la violencia del pie manda lejos la silla, que cae mientras los niños, asustadísimos, aumentan los berridos. Herida en el alma, levanta los brazos al cielo y se pone a gritar como una loca:

«Me ha ofendido otra vez, me ha ofendido otra vez, ese canalla, me ha ofendido otra vez».

Zeca Cigano, que está trabajando en el barracón del fondo del patio, una cubierta de zinc sostenida por cuatro estacas, deja la lata de aceite que estaba transformando en una jarra y, empuñando la maza, acude a los gritos de su mujer. Cruza de una carrera la hierba alta hasta la casa bajo la mirada aprensiva de la anciana vecina que está junto a la valla, y que ve su cabeza

avanzando veloz sobre los arbustos como una liebre que corre a saltos. Alcanza el rellano de la escalera de un salto y entra por la cocina adentro. La casa está tomada, pero la voz fuerte de Zeca Cigano se alza sobre los berridos de los niños y los gritos de la mujer. De repente explota:

«¡Zorra!».

Marido y mujer se enzarzan en una ruda discusión que se prolonga hasta que un silencio inesperado, de corta duración, hace apretar una contra otra las manos de la vecina sobre la valla. Poco después oye el primer latigazo, acompañado de una falsa pregunta:

«¿Quién te ha ofendido?».

Y oye el segundo latigazo, acompañado de otra falsa pregunta:

«¿Quién me ha ofendido?».

La hebilla del cinturón vibra en el aire, con un estallido terrible cuando el cuero baja sobre el trasero de la costurera. La vecina no se contiene y llora con las manos crispadas sobre la madera de la valla. Se esfuerza por entrar en el patio vecino a través del espacio de una tabla que falta y vence el obstáculo a costa de un desgarrón en el vestido. Corre con dificultad, llega al pie de la escalera que da acceso a la cocina, entra en la casa por detrás, pasa junto a los niños desesperados con la cabeza apretada entre las manos, va directa a la habitación de la pareja.

«¡Apiádate de tu mujer, Zeca, apiádate!».

«¿Quién te ha ofendido?».

De bruces en el suelo de la habitación, con los brazos sobre la cabeza, los puños cerrados como dos piedras, la costurera recibe los golpes de cinturón con una expresión dura y callada, sólo un temblor contenido del cuerpo surge al recibir cada golpe. En un momento dado su boca gime:

«Cornudo», dice ella de repente, de un modo brusco, ronco, entre dientes.

Zeca Cigano se vuelve loco, el cinturón sube y baja más violento, azotando incluso el rostro de la mujer. Una, dos veces.

La vecina se lanza contra él:

«¿Te has vuelto loco, Zeca? ¡Piedad! ¡Piedad! ¡Piedad!»., suplica a gritos, pero es rechazada de un empujón en el pecho.

Con la mano en el aire Zeca Cigano lanza un nuevo golpe, ve de repente que la boca de la mujer sangra. Encogida contra la pared, la vecina se mete la mano en el escote y saca el rosario, pasa las cuentas con los dedos trémulos mientras llora. El silencio de la habitación suspende durante un instante el gemido de los niños en la salita. El sudor corre por el pescuezo de Zeca Cigano, por su torso desnudo y por los músculos fuertes de su brazo. Tira el cinturón a un lado, sale de la habitación, pasa por la salita, cruza la cocina y se para en el rellano de la escalera, frente al patio, la barraca abandonada al fondo.

Sentada, con los pies subidos en el travesaño de la silla, con su hermano pequeño lloriqueando en su regazo, la niña observa a su padre, en el rellano, de espaldas, con las manos en la barandilla, la cabeza tan caída como la de un ahorcado. La niña también vigila los movimientos de la vecina que se mueve agitada de la cocina a la habitación, aplicando emplastos de salmuera en los azotes de la madre acostada

Cuando la casa se calma la vecina sale de la habitación cerrando la puerta con cuidado. En la salita levanta del suelo al mocoso sin calzones, lo acoge en su regazo, toma de la mano a la niña más pequeña, busca a la mayor, pero la puerta del baño está cerrada. No espera y sale con los dos niños por la puerta de delante.

En el baño, la niña se levanta de la taza, con los ojos pegados al espejo de afeitarse de su padre, adornado con un marco barato, como los de los cuadros de santos. Empuja el cajón, se sube

a él, desengancha el espejo de la pared y lo tira al suelo de cemento. Se acuclilla sobre el espejo como si se sentase en un orinal, las bragas en una mano, y ve, sin comprender, su sexo enmarcado. Lo acaricia lentamente, con la punta de un dedo, los ojos llenos de asombro.

La niña sale del baño, anda por la casa en silencio, no se atreve a entrar en la habitación de su madre. Sale de la casa y se va a la calle, a jugar con los niños de la vecina de enfrente.

HOY DE MADRUGADA

Lo que ahora registro sucedió hoy de madrugada cuando la puerta de mi despacho se abrió suavemente, sin que me diera cuenta. Levanté un momento la mirada de la mesa y vi los ojos perdidos de mi mujer. Descalza, entraba como una ladrona. Adiviné enseguida su cuerpo obscuro bajo el camisón, así como la tensión escondida en la blandura de aquellos brazos suyos, antaño enérgicos. En cuanto entró, se quedó encogida en el rincón, mirándome. Ella no decía nada; yo no decía nada. En un momento sentí que mi mujer apenas mantenía la cabeza erguida bajo el peso de cosas tan variadas, ella pensaba incluso que me molestaba a esa hora absurda en la que raramente trabajo, a mí, que no estaba trabajando. Llegué a pensar que esta vez se desplomaría, pero seguí sin decir nada, aun sabiendo que cualquier palabra despreciable podría, quién sabe, tranquilizarla. Con la mirada siempre baja, empecé a garabatear en el revés de un papel usado, y seguimos los dos quietos; ella acorralada allí en el rincón, con sus ojos fijos en mí; yo en la mesa, sin apartar los míos del papel que garabateaba. En medio, algún crujido de la madera del suelo.

No me moví de la silla cuando me di cuenta de que mi mujer abandonaba su rincón, no levanté la mirada cuando vi que su mano cogía el bloc de borradores que tengo entre mis papeles. Fue una caligrafía rápida y nerviosa, fue una frase corta lo que ella escribió, empujando todo el bloc, sin arrancar la hoja, hacia el foco de mi vista: «He venido a buscar amor» estaba escrito, y en cada letra era fácil oír el grito de socorro. No dije nada, no hice ningún movimiento, continué con la mirada clavada en la mesa. Pero entonces pude ver cómo su mano agarraba otra vez el bloc y, casi enseguida, lo volvía a poner ante mis ojos: «Responde», había escrito debajo con una letra desesperada; era un gemido. Me quedé un momento sin moverme, incluso sabiendo que ella sufría, que pedía suplicante, que mendigaba afecto. Intenté ordenar (me costó) su imagen remota, iluminada, provocativamente altiva, y que ahora exponía la nuca a un golpe de gracia. Y allí, al otro lado de la mesa, una mujer se retorció las manos, y esperaba. Interrumpí el garabateo y escribí sin prisa: «No tengo afecto que dar», sin preocuparme siquiera de empujar el bloc; no hizo falta; su mano, con la avidez de un pico, se lanzó sobre el grano amargo que yo, como un desperdicio, dejé escapar entre mis dedos. Mantuve la mirada baja mientras ella dejaba el bloc en la mesa con una calma y un celo sorprendentes, tal vez era así como ella pensaba recuperarse de su impulso.

Al poco, mi mujer dio la vuelta a la mesa y sentí su sombra detrás de la silla y sus manos en mi pescuezo, rozándome de paso las orejas. Rascando mi cuero, sus dedos trémulos entrando en mi cabello hasta la nuca. Sin darme la vuelta, levanté el brazo y retiré su mano de allí, como si retirase un objeto corrompido, pero de repente frío, perdido entre mi pelo. Bajé lentamente nuestras manos hasta donde llegaba la longitud de su brazo y en ese momento, con un gesto claro, abandoné su mano en el aire. La sombra tras de mí se movió, la tela del camisón esbozó un vuelo amplio, fue de golpe a la ventana, había incluso verdad en aquel punto de teatralidad. Pero las persianas venecianas estaban cerradas, no había nada que ver, ni siquiera a través de las rendijas: la madrugada ahí fuera aún roncaba. Miré un instante: mi mujer estaba de espaldas, la mano suspendida en la boca, se mordía los dedos.

Cuando volvió de la ventana, de nuevo frente a mí, al otro lado de la mesa, no me sorprendió el lazo deshecho del escote, ni los senos flácidos tristemente expuestos, ni la mueca de demencia que le pervertía la cara. Volví a garabatear mientras extendía las manos en la mesa, y bajo la mesa, donde yo tenía los pies descalzos en el travesaño, tampoco me sorprendió la artimaña de su pie, tocando con las puntas de los dedos la planta del mío, sondeando clandestino mi piel en el

subsuelo. Más seguro, próspero, libertino, su pie se perdió bajo la tela de mi pijama, frotándose en la densidad de mi vello, subiendo osado, quemándome la pierna con su fiebre. Lo intenté lentamente, su pie al principio se agarró voluntarioso al travesaño, y luchaba, se resistía, pero, sin prisa, me desembaracé de él, encogiéndome mis propios pies, que crucé bajo la silla. Volví a levantar la mirada; su postura, aunque elocuente, era de piedra: la cabeza arrebatadamente echada hacia atrás, el pelo lacio sin tocarle la espalda, los ojos cerrados, dos frisos húmedos y brillantes rodeando el arco de los párpados, la boca desencajada, y no miento cuando digo que no eran sus labios pálidos sino sus dientes los que temblaban.

En un súbito impulso, se movió casi solemne hacia la puerta, enseguida frenó. Y se paró. Hacemos muchas paradas en la vida, pero, suponiendo que aquélla no fuera una parada cualquiera, no sería fácil descubrir qué había interrumpido su paso. Puede que simplemente se dirigiese a una tarea trivial que debía cumplirse al clarear el día. O puede también que no entendiese la progresiva oscuridad que se instalaba para siempre en su memoria. No importa cuál fuera el motivo: sólo sé que, pasado el instante de supuesta reflexión, mi mujer, con los hombros vencidos, dejó la habitación como sonámbula.

EL VIENTRE SECO

1. Empiezo diciéndote que no tengo nada en contra de manipular; tampoco tengo nada en contra de que me manipulen: ser instrumento de la voluntad de terceros es condición de la existencia, nadie escapa a eso, y creo que las cosas, cuando suceden así, suceden como no podrían dejar de suceder (la falta de recato no es mía, es de la vida). Pero te lo advierto, Paula: a partir de ahora no cuentes más conmigo para que sea tu herramienta.

2. Me has dado muchas cosas, me has colmado de atenciones (a veces excesivas), me has hecho regalos, me has entregado perdulariamente tu cuerpo, has intentado arrastrarme a lugares a los que he acabado por no ir, y, si no fuese por mi feroz resistencia, habrías compartido conmigo incluso a tus conocidos. No quiero discutir los motivos de que te hayas convertido en una acreedora que puede llegar y cobrar: «No tienes derecho a hacer esto». Hacer esto o lo otro es mi problema, y no tengo que darte explicaciones.

3. No ha sido necesario hacer un voto de pobreza, pero he hecho desde hace tiempo un voto de ignorancia, y hoy, rozando ya la cuarentena, hago también mi voto de castidad. Tienes razón, Paula, ni siquiera llego a conservador: soy simplemente un oscurantista. Pero deja a este oscurantista en paz, después de todo nunca ha estado interesado en hacer proselitismo.

4. Y ya que hablo de proselitismo, tengo que decirte también que no tengo nada en contra de ese ramillete de reivindicaciones que tienes: tu cuestión feminista, la del divorcio, y además la del aborto, todas estas cuestiones que «están sacando a los animales del camino». Y cuando digo que no tengo nada en contra, entiéndeme bien, Paula, quiero decir simplemente que no tengo nada que ver con eso. ¿Quieres saber más? Me hace gracia el ruido de los jóvenes como tú, que tanto habláis de libertad. Hay que saber escuchar las quejas de la juventud: en general protestáis por la ausencia de una autoridad fuerte, pero yo, que no tengo nada que imponer, entiéndeme bien Paula, no quiero gobernar.

5. Sin sospechar cuán precaria es tu superioridad, más de una vez me has lanzado un desdeñoso «viejo» a la cara. Nunca te lo dije, pero te lo digo ahora: me da náuseas tu juventud, me da mucho asco tu juventud. ¿Tengo que hacer una mueca para transmitirte una idea clara de lo que estoy diciendo? Esta declaración es bastante tranquila, es sosegada; al hacerla (créeme, Paula), no siento envidia. Tiene razón aquella frenética amiga tuya cuando te dice que soy «incapaz de que me guste la gente maravillosa». Soy realmente incapaz: no me gusta la «gente maravillosa»; no me gusta la gente, para ser más exactos y abreviar mis preferencias.

6. Querías hacerme creer a veces que el amor hoy en día, como el sentido común en otros tiempos, es la cosa más repartida del mundo. Es más, sólo una perfecta distribución de afecto podría explicar el arrobo banal al que todos se entregan con la simple mención de este sentimiento. Un poco abrumado por turbar la transparencia de esas aguas, tenía ganas de decírtelo desde hace mucho tiempo: puede ser incuestionable, pero estoy hasta la coronilla de tus frívolos elogios al amor.

7. Estoy harto también de tus ideas claras y bien pensantes sobre muchas otras cosas, y, sólo para contrarrestar tu lucidez, te confieso aquí mi confusión. Pero no vayas a sacar como conclusión

cualquier sugerencia de equilibrio, todavía menos que esté mostrando una supuesta fe en el «orden»; después de todo está ya muy lejos el tiempo en que creía en la perfección universal (que unos colocan al principio de la historia y otros, como tú, al final de ella), y hoy, si echo un vistazo por la ventana, más allá de un eructo incontenible, todavía me asombra este mundo simulado que no pierde esa manía de fingir que se mantiene en pie.

8. Puedes seguir hablando en nombre de la razón, Paula, aunque incluso este oscurantista que tiene (¡qué manía!) esas ideas sepa que la razón es mucho más humilde que ciertos racionalistas. Puedes continuar acarreado arena, piedras y tantas barras de hierro como quieras, Paula, pero cualquier chiquillo sabe también que vas a construir tu edificio sobre un territorio movedizo.

9. Piensa siquiera una sola vez, Paula, en tu extraña atracción por este «viejo oscurantista», en los estremecimientos morados de tu carne, y, después, en las estanterías donde colocas con cuidadoso criterio todos tus conceptos, encuentra también un lugar para esta pasión tuya, rechazada en la vida real.

10. Sabes, Paula, siempre atenta a cualquier pliegue mínimo de mi lengua, así como al movimiento más ínfimo de mi pulgar, que convierte mi rincón en el taller del dibujante que día a día va corrigiendo los trazos con otros trazos, diseñando, sin que te lo pida, mi contorno, mostrándome al final el perfil de un moralista (cosa que nunca he sabido si era una ofensa o un elogio), has dejado escapar la línea maestra que daría carácter a tu garabato. Hablo de un trazo tosco como una cuerda y que, aunque es invisible, puede atraparlo fácilmente el lápiz de algunos pocos retratistas; estoy hablando de la cicatriz siempre presente como un estigma en el rostro de los grandes indiferentes.

11. No intentes contagiarme más tu fiebre, inserirme en tu contexto, predicarme tus certezas, tus convicciones y otros remolinos virulentos que te agitan la cabeza. Poco me importa, Paula, cambiar el sentido del tráfico, el empedrado de la acera o el nombre de mi calle. Después de todo ya he llegado a un acuerdo perfecto con el mundo: a cambio de su ruido le entrego mi silencio.

12. En el campo de batalla que es este mundo, donde la sensibilidad, como la conciencia, no es más que una insospechada degeneración, ciertos espíritus sólo pueden llevarse muy mal con la vida; pero he encontrado, Paula, esquivo, mi abrigo: corazón duro, hombre maduro.

13. No me llames, no aparques más el coche frente a la puerta de mi casa, no mandes a terceros a contarme que aún existes, ni todas esas otras cosas que haces habitualmente, porque al recurrir a esas tretas sólo consigues molestarme. Versátil como eres, representa ahora este papel: el de la mujer resignada que sale de una vez de mi camino.

14. Entiéndeme, Paula, estoy cansado, estoy muy cansado, Paula, estoy muy, pero que muy cansado, Paula. (Tu camisón, tus zapatillas, tu cepillo de dientes y otros utensilios de tu neceser los he dejado en una bolsa abajo, sólo tienes que mandar a alguien a recogerla en la portería).

15. Es más, «la vieja de ahí al lado», a quien te referías también como «momia resabiada», «saco de huesos», «semilla senil» y otras exuberantes expresiones que tu talento verbal es capaz de forjar, incluso para hablar de las cosas insignificantes de la vida, nunca te lo conté, Paula, pero te lo cuento ahora: «aquel vientre seco» es mi madre. Hace años que vivimos en apartamentos separados, pero uno al lado de otro. No seas tonta, Paula, no estoy recriminándote nada; siempre contemplé con indiferencia las imitaciones que hacías de la «vieja bruja, siempre preparando

filtros para envenenar nuestras relaciones». Te digo más: quizá tengas razón; es probable que se pase el día espiando mi puerta desde las sombras del rellano; es probable que, desde el fondo del pasillo, te mirase «de una manera maligna»; es probable incluso que, astutamente, desde su cubículo, te espíase a través de la mirilla de su puerta cada vez que salías. Pero contén, Paula, tu gula: tú que, además de liberada y práctica, eres también versada en las ciencias ocultas de los tiempos modernos, no vayas a pringarte apresuradamente el dedo en la conciencia; no he hecho esta revelación como quien te sirve en la mesa, no es una invitación fecunda de interpretaciones lo que te hago, ni mi vida pide este desperdicio. Sólo quiero recordarte lo que mi madre te decía cuando te cruzabas con ella y, sólo para «tomarle el pelo», le preguntabas maliciosamente por mí. Yo ahora te sugiero la misma prudencia si por casualidad tus amigos quisieran saber qué ha sido de mí. Puedes ahorrarte la «ridícula solemnidad de la vieja», pero no te ahorres su irreprochable comedimiento; responde como lo hacía ella: «No conozco a ese señor».

A ESO DE LAS TRES

En esta sala abarrotada de mesas, máquinas y papeles, donde envidiables escribientes se han repartido el sentido común del mundo, que trabajan aplicadamente con las ideas claras a pesar del ruido y del bochorno, tan seguros a la hora de pronunciarse acerca de los problemas que afligen al hombre moderno (especie de la que tú, con un cansancio de milenios, tal vez te sientas un poco excluido), déjalo todo de repente, ante las miradas a tu alrededor, pon cara de loco manso y peligroso, haz los gestos más calmados ante los escribas más severos, di un amplio «ciao» al trabajo del día, como quien se despide de la vida, y sorprende, un poco más tarde, con tu presencia a una hora tan insólita, a los que han estado en casa ocupados limpiando los armarios, eso que tú antes no sabías cómo se hacía. Conviene no responder a las miradas interrogantes, dejar crecer unos instantes la intensa expectativa que se instala. Pero no exageres la nota y sube sin demora a la habitación, libera los pies de los calcetines y de los zapatos, sácate la ropa como si te sacaras la importancia de las cosas, quédate al final en ropa interior, quien sabe, quizá en pelotas, pero sin herir el pudor (tu pudor, claro), y acepta a la vez, como buena verdad provisional, todo cambio de comportamiento. Como un bañista inseguro, asoma después tu desnudez al trampolín del rellano y avanza dos pasos, como para preparar el salto, silenciando de golpe, abajo, el rumor sofocado de los comentarios. Nada de grandes lances. Baja, sin prisa, escalón a escalón, tolerante con la estupefacción (¡infelices!) de los pobres familiares, que se tapan la boca con la mano, mientras se apretujan al pie de la escalera. Pasa junto a ellos en silencio, circula por toda la casa como si caminases por una playa desierta (pero siempre con la misma cara de loco que aún no ha entrado en crisis), y acércate después, con cuidado y ternura, a la hamaca lánguidamente atada entre dos árboles en el patio. Tiéndete en ella como quien se tiende en la vida, y profundiza en esa inmersión, cierra los laterales de la hamaca sobre tus ojos y, con un impulso del pie (ya no importa con qué apoyo), goza la fantasía de sentirte acunado por el mundo.

MANITAS DE SEDA

Durante mucho tiempo he cultivado una convicción: la mayor aventura humana es decir lo que se piensa. Mi bisabuelo, siempre atento a todo, se sacaba siempre del bolsillo esta perla antigua: «La diplomacia es la ciencia de los sabios». Era un anciano que llevaba botines de piel de cabritilla, camisa de popelín de hilo de Escocia y corbata escogida con esmero, en la que un punto de color voluble marcaba la austeridad de la cachemira inglesa. No perdonaba el chaleco, la cadena del reloj de bolsillo, que dibujaba en el pecho oscuro un brillante y enorme anzuelo de oro. Y el jazmín, ¡ah, el jazmín! Una flor blanca de aroma oriental siempre bien colocada en el ojal de la solapa. Y había un ritual de elegancia cuando se ajustaba las gafas sobre la nariz: su mano, como una concha, subía sin prisa hasta sujetar uno de los aros entre el pulgar y el índice; los dedos se detenían un rato en el metal mientras comprobaba el foco de las lentes. En ese momento exacto, su mirada se perdía en la lejanía, como si vislumbrase mi distante futuro. Tal vez fuese esa visión lo que hacía brotar el gesto fértil en la comisura de sus labios; era como si acabase de plantar allí la semilla probable de un gran regocijo. A pesar de su postura solemne, mi bisabuelo, ¿quién lo diría?, era aficionado al lenguaje coloquial; por eso me cogía por la cabeza y soplaba en mi oído: «La cosa está en el promedio», y enfatizaba la palabra «cosa». Mi bisabuelo, tan vetusto, tan novísimo, era un precursor: «Nada de chorradas. ¿Me lo prometes?».

En esa época, en Pindorama, más exactamente cada mes de septiembre, se celebraba el Baile de Primavera. Era un baile de los de traje, corbata y vestidos largos, amenizado entonces por la orquesta de Jaboticabal, ampliamente anunciada por la magia que desprendía el evento, que hacía volar muy lejos los sueños, porque cargaba de sentimiento sus valeses y boleros. En esos septiembrés, los días eran tan luminosos que cegaban; el cielo limpio, «un cielo de cristal», como se decía; y la temperatura pasaba por amena en la región, a pesar de que anunciaba el calorazo de los meses que vendrían. Era un tiempo propicio para la charla, especialmente al final de la tarde, después de la cena, cuando las familias sacaban las sillas a las aceras y se juntaban los vecinos o los amigos. Y se echaban a reír sin motivo, entablando conversación, añadiendo su entusiasmo a la algazara de los chiquillos. Eran risas, voces y grititos, todo amortiguado por la amplitud del espacio libre, hasta que «el fresco de la noche» y el sueño los dispersaban.

Entre las mujeres se hablaba durante semanas de organzas, crepés georgette, tules, satenes, tafetanes y de tantos otros tejidos elegantes, entregados al cuidado de costureras nerviosas por la cantidad de encargos. Y era también inevitable lanzar la información de que Mercedes, Rosa Stocco, o Brígida, en fin, alguna de las chicas de la ciudad, iba a escandalizar con el osado escote del vestido, cada año más atrevido, dígame de paso. Se lanzaban comentarios contenidos, a veces no tanto, sobre la perspectiva casamentera que el acontecimiento abría generoso. Pero sólo días antes del baile, a pesar de deseado durante meses, las chicas de Pindorama iban a las farmacias y, con disimulos, con un aire distraído, agotaban las existencias de piedra pómez. Era una piedra gris y porosa, vendida en pedazos de un tamaño un poco más grande que un huevo de gallina, pero sin forma, con la que se frotaban las palmas de las manos para eliminar las callosidades. Y se esforzaban en tratarse la piel de tal manera que sus eventuales parejas de baile tuviesen la sensación de tomar entre sus manos de príncipe azul las verdaderas manitas de seda de sus damas.

Si era así en el baile, cuando los románticos mancebos se encendían con un simple toque de manos, capaz de transportarlos a fantasías inefables, imaginen ahora, en estos tiempos modernos, tan liberales, si las manitas de seda, incluso si son de hombres barbudos, se insinuasen hasta las partes pudendas de alguien, ya sean esas partes moradas, negras o de color aún por definir. ¡Sería el éxtasis!

(«*Nada de chorradas. Prométemelo*»).

Por eso esa manía mía, si doy con ciertos intelectuales, de mirarles las manos, pero no sólo eso. Incluso he pasado alguna vergüenza, porque me miran de soslayo de forma aviesa si, como buen empirista, me demoro demasiado en el apretón de manos. ¿Qué le voy a hacer? Una manía es una manía. Sea como sea, a pesar de que los contrarios a los bailes afectaran desdén por las cosas mundanas, lo que he notado es que muchos de ellos parecen hacer un uso intensivo de la piedra pómez, aunque no les haga falta. Y, a diferencia también de las chicas de Pindorama, que sólo usaban esa piedra una vez al año, se afanaban duramente en la faena. Eruditos, pretenciosos, bien provistos de manitas de seda, la armonía del perfil se completa porque les falta precisamente lo que sería determinante: un rostro. Como consecuencia de esta aparente paradoja, he notado sobre todo que están entregados a un rentable comercio de prestigios, a un promiscuo toma y daca, ¡la mayor orgía de la parroquia! ¡María Santísima! El toma y daca, los juguetes de Pindorama eran mucho más interesantes. Por eso aquella piedra nostálgica, que antes era sólo pómez y se conformaba con devaneos de mancebos y doncellas, ha acabado convirtiéndose en la piedra angular del mercado de ideas.

Schopenhauer, el pobre, decía amargado: «Respeto a los negociantes porque pasean a cara descubierta, presentándose tal como son cuando abren las puertas de su comercio». Pero ese Schopenhauer era un ingenuo, no captaba bien las cosas, estaba fuera con su cara de mal genio, no sabía disfrutar de los dulces encantos de la vida, y, más que nada, nunca tuvo en cuenta la conmovedora precariedad de la especie. Aunque, incluso siendo precaria, no es necesario que ciertos especímenes exageren. Aquí entre nosotros, ¿para qué ir tan lejos?, ¿para qué hablar de ética? Ponderando bien las cosas, no debemos ser severos, después de todo; si hay un punto de bravata en toda esa jactancia, hay también carretadas de candidez cuando meten la mano en la caldera de los valores, hurgando en la favorita del diablo, con un palito, sin sospechar que en esa misma caldera se cuecen los impostores.

Ponderando incluso en otra dirección, y todo es cuestión de buena voluntad, no hay por qué censurarlos, les debemos incluso gratitud; después de todo, aquellos predicadores no dejan de dar su contribución a la especie al ilustrar la versión más acabada del *humanissimus humanus*. Creo que sólo pecarían. ¿Pecarían...?

Me temo que voy demasiado deprisa.

Mi bisabuelo sí que sabía del mundo, andaba despacio, regulando el avance de su botín a la punta del bastón, el habla calmada y escasa, no improvisaba, ponía milenios en cada palabra, «el interés es lo que cuenta, nada más». Y cuando se paraba de repente, mi bisabuelo soltaba: «¡Al cuerno lo que la gente piensa!».

Tal vez la cosa esté en hacer un promedio, la cosa es realmente sacar la media: el verbo trazado a escuadra y cartabón, el tono medido por el diapasón, una vida mundana ordenada, o el silencio de la página

Me ha costado, pero al fin he llegado, por fin soy un diplomático; entiendo al dedillo el vaticinio regocijado de mi bisabuelo, que, además, sigue más vivo que nunca, riéndose a carcajadas en sordina, y con quien comparto ahora la parafernalia y el guardarropa: cuidadoso con la antigua indumentaria, piso suavemente con los botines de piel de cabritilla, compruebo el

foco de las lentes, llevo chaleco, reloj de bolsillo, jazmín.
(¡Nostalgia de mí!).

EL VIEJO

La claridad de la cocina muere con la tarde. La vieja cierra el grifo del fregadero, se seca las manos en el delantal y vuelve a los fogones. Clava una tira alargada de berenjena y sumerge una de sus caras crudas en el aceite caliente. La fritura se anima, chisporrotea, y la vieja, empuñando todavía el tenedor, se aparta al sentir a su marido de pie en la entrada de la cocina.

«¿Qué haces ahí con el sombrero puesto?».

El viejo se lleva la mano al ala del sombrero y se descubre la cabeza.

«¿No vas a bañarte?».

«Andan diciendo cosas por ahí, Nita».

«Qué novedad...».

«Andan diciendo cosas», repite el viejo.

«Suéltalo ya».

«Es sobre nuestro huésped, no hace ni medio año que llegó y ya están hablando de él».

«Pues deja que hablen, no se hospedó en esta casa para que lo alabasen. Es un huésped como todos los otros que han pasado por aquí».

«Eso no es nada».

«¿Qué es lo que no es nada?».

«Digo que todo lo que estás pensando no es nada en comparación...».

«Ve a bañarte, anda. ¿En comparación con qué?».

«Nada».

«¿En comparación con qué?», insiste la vieja.

El viejo mira su sombrero, que sostiene entre las manos.

«Ha sido en el bar de Nonato, era sólo un comentario, todo el mundo estaba hablando de él, hasta se burlaron de mí...».

«Eso no es nuevo...».

El viejo vuelve a bajar la mirada.

«Pensé para mí: “Pueden decir lo que quieran”, pero estaban excediéndose en sus suposiciones, dije».

«¿Qué cosas?».

«Les dije que no es propio de él montar esas jaranas que...».

«¿Qué jaranas?».

El viejo se calla y sigue mirando al suelo.

«Habla claro, hombre».

El viejo da vueltas lentamente al sombrero entre las manos.

«Les dije que estaban todos equivocados por lo menos en una cosa, que él no quería perjudicar a nadie; les dije que ese bachiller era sólo un recaudador celoso de su oficio, y correcto».

El viejo se calla y la vieja pone los brazos en jarras.

«Venga, sigue».

La vieja mira de soslayo la sartén, pero se encara de nuevo con el viejo:

«Habla».

«Ya han intentado sobornar otras veces a este chico, Nita, y eso no es un secreto para nadie, “pero él no es sobornable”, les dije, “no como otros que han pasado por aquí y que se vendían por un trago de Fernet”. Pero no quieren entenderlo, nunca lo

aceptarán, un funcionario público que cumple con su deber con el Estado y con el pueblo».

«A lo mejor te has tragado una perla».

«¿Qué perla, Nita?».

«La que acabas de soltar. Mira que tener que aguantarte la tontería», dice la vieja decepcionada; seguramente no esperaba que el suspense desembocase en una preocupación cívica. «Ve a bañarte, anda. Hoy no es día de cambiar la toalla, que lo sepas».

El viejo estruja el asa del sombrero, mientras la vieja se acerca a los fogones, destapa una de las cazuelas y se entretiene con la sartén donde echa más tiras de berenjena. Se vuelve hacia su marido.

«¿Qué estás esperando? Anda».

El viejo no se mueve.

«¿No ves que tengo que terminar la cena?».

«Siempre igual, Nita, no me respetas, nunca me has respetado no voy a pedir respeto a los niños de la calle».

«Era lo que faltaba...».

«Nunca me has respetado».

La vieja no responde, da la vuelta a las berenjenas en la sartén, mientras el viejo sigue mirando su sombrero.

«No te quedes ahí parado, ya te lo he dicho...».

El viejo se aparta, callado, cruza la sala, entra en la habitación y cierra la puerta. La casa está tranquila, sólo allí al fondo hay movimiento, pero en la habitación, donde la penumbra va cediendo terreno a la noche que avanza, los ruidos de la cocina llegan apagados. El viejo se mueve sin encender la luz y se sienta en el borde de la cama. El sombrero todavía entre las manos, inclina la cabeza y se pierde en sus pensamientos.

Cuando despierta de su recogimiento, la habitación está completamente a oscuras. Se acerca a la ventana y apenas divisa, a través de la cortina, un resto de palidez en el horizonte. En la parte más alta del cielo, el azul es casi oscuro, pero la noche, indecisa y hosca, impide que se expanda la luz de las farolas. El viejo echa un vistazo cuando nota el bulto de pie en el bordillo del otro lado. Aparta un extremo de la cortina: frente a la casa, con la camisa medio abierta, una de las manos en el bolsillo de los pantalones, en la otra un cigarrillo entre los dedos, el tipo escudriña el porche como un centinela. Pero enseguida tira el cigarrillo y se aleja con paso lento. El viejo lo sigue con la mirada, lo sobrepasa con los ojos y ve, a media manzana, el V8 negro parado junto a la acera. El ojeador se acerca al coche sin acelerar el paso, se inclina junto a la puerta delantera e intercambia unas palabras con alguien al volante. En ese mismo instante, una rubia vestida de rojo, con una blusa muy escotada, pecho y brazos muy blancos, sale del asiento trasero como si buscara aire fresco, despegando con la punta de los dedos el tejido adherido a la prominencia de los senos abundantes. Parece que la reprenden por haber salido y entra de nuevo en el coche sin discutir. El vigilante se inclina otra vez hacia el conductor, pero vuelve enseguida, con el mismo paso lento, al lugar donde estaba. Enciende otro cigarrillo y vuelve a clavar los ojos en el porche de la casa.

El viejo suelta la cortina y las cosas allá afuera vuelven a parecer imprecisas. «¿Qué estarán tramando?», murmura. «Pero ¿qué estarán tramando?», repite, y se aprieta las manos.

La vieja abre la puerta de la habitación.

«Ven a cenar».

El viejo no se mueve. «¿No te has bañado?», pregunta al ver que lleva la misma ropa.

«Van a pasar cosas».

La vieja enciende la luz de la habitación.

«¿Qué andan diciendo por ahí?».

«Ya te he dicho que van a pasar cosas».

«¿Qué cosas?».

El viejo no responde.

«¿Vas a hablar o no?»», grita la vieja.

El viejo baja los ojos y se cierra en banda, mientras la vieja aprieta los labios, se da la vuelta, apaga la luz y sale de la habitación con un andar rápido.

El viejo se para así que sale de la habitación porque, en el mismo momento, el joven huésped ha salido de su habitación con entrada independiente, entra sin hacer ruido del porche a la sala y se para tímidamente a un paso de la puerta de la cocina.

«Pase», dice la vieja, ocupada con las bandejas.

Con las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta, por lo que dobla los brazos, el huésped avanza un paso más.

«La comida se está enfriando, pase».

El huésped todavía vacila, pero se acerca a la mesa.

El viejo sale de su rincón, cruza la sala y entra en la cocina; se queda a un paso del huésped, que se acomoda en la silla de espaldas a él. Serio, las manos caídas, el sombrero entre las manos, como en señal de respeto, parece que asiste a un funeral mientras observa el ritual con el que el joven desdobra la servilleta y la coloca sobre sus piernas, con una desenvoltura poco acorde con su timidez, una timidez sin los rasgos de dulzura de la simple modestia, más bien caprichosa, de ese tipo intratable, como la rabieta de un niño. Por eso tal vez, desde que llegó, su silencio impermeable y la reclusión que se impone cada noche, encerrándose en la celda de su cuarto.

El viejo lanza entonces un anzuelo en busca de lo que podría haber detrás de aquella soledad precoz, pero la palabra que busca se insinúa, sale a la superficie, el pez se vislumbra, sinuoso, pero se vuelve a hundir y se le escapa. Demora entonces la mirada sobre la nuca del bachiller, donde el remolino del pelo, rebelde, conserva una frescura infantil, compatible, además, con sus mofletes de niño, algo imberbes.

Al otro lado de la mesa, sentada frente al joven, la mirada dirigida desde hace un rato al viejo, una mujer grande, una matrona de pelo rizado afecta indignación:

«¿No nos da usted las buenas noches, don Eugénio?».

El viejo no responde:

«¡Está usted muy raro!».

Replegando sus aires de huésped más antigua, la mujer de pelo rizado baja los ojos y, soñadora, posa la mirada sobre las manos del joven, cruzadas sobre el borde de la mesa.

La vieja sirve el tercer plato de sopa, e inclinando el cuerpo, lo coloca frente a la silla vacía. Mira a su marido:

«¿No te vas a sentar?».

Mira contrariada el sombrero en sus manos, pero se limita a rezongar: «Carcamal».

El viejo avanza dos pasos, se sienta en la silla frente a su mujer, y sólo entonces deja en el suelo el raído sombrero de fieltro. La vieja se sirve también la sopa, se sienta y sumerge su cuchara en el plato. La matrona olvida su éxtasis momentáneo, preso en la trama de miradas furtivas, y hace lo mismo que la vieja. Las manos del joven se descruzan bajo la mirada escrutadora del viejo, que se aprieta las manos entre las rodillas, mientras con los ojos bajos no pierde de vista los movimientos del huésped a su derecha.

«¿No vas a tomarte la sopa?»», le recrimina la vieja.

El viejo no responde, ni siquiera levanta la cabeza.

«¡Está muy buena!», comenta la huésped antigua en el corto intervalo entre dos cucharadas.

No se intercambian más palabras; el ruido es seco, incisivo. El coche debe de haber frenado frente al portal del jardín de la casa. La cuchara del mozo, que subía, para en seco, con un ligero temblor, a medio camino. Devuelve, aún llena, la cuchara al plato. La vieja hace lo mismo, pero antes sorbe ruidosamente el caldo. La huésped, profesora nada tímida, no se altera; su cuchara sube y baja sin parar. Concentrada en la sopa, tiene los párpados casi cerrados tras las gafas, y es por los pelos negros que le brotan de la verruga junto al mentón, que parecen atraer todas las miradas.

El crujir de las tablas de madera del suelo del porche llega a la cocina.

El viejo se levanta.

«¿Qué pasa?», pregunta la vieja.

«¿No lo has oído?», pregunta el viejo, preocupado.

Su mujer hace una mueca escéptica con un punto de escarnio, mientras el viejo todavía indaga con los ojos a la profesora, que se termina imperturbable la sopa.

«Tanto rato en el sótano, don Eugenio...», dice apartando el plato.

El ruido de un coche que arranca muy acelerado corta las aprensiones de la vieja:

«Ha sido un automóvil», dice ella terminándose la sopa.

Antes de que se disuelva la tensión, y con voz seductora, la profesora engarza un comentario, soñando tal vez con dulces recompensas:

«Dicen que el automóvil sólo ha servido para acelerar el final de nuestra espiritualidad».

La cita sublime se pierde, el joven ni se inmuta, sólo la vieja abre los ojos, pero vuelve enseguida a su plato.

La profesora no ceja y sigue exhibiendo su elegancia un poco ambigua al coger con las dos manos la servilleta y aplicarla en pequeños toques sobre la boca, como si fuese una compresa. Al mismo tiempo sus ojos llenos de apetito se desplazan a disgusto, cambiando las manos esculturales del joven por la tira de berenjena de su plato. Y no tarda en ir al cesto del pan, de donde coge las tres únicas tostadas, pedidas habitualmente para su dieta.

De pie hasta entonces, la cabeza tal vez lejos de lo que sucede en la mesa, el viejo se vuelve a sentar.

«Reconozco por la manera de arrancar el coche a los que me están persiguiendo, no aceptan que vaya en contra de sus intereses», dice de manera intempestiva el joven recaudador, la voz firme, que se hace oír excepcionalmente en aquella mesa. «No cedí ante ellos cuando se presentaban como amigos; no me vendí después, cuando se decían realistas; ahora intentan difamarme como a un enemigo. Si no me doblego a ese chantaje, me matarán», dice el joven, y se calla.

La vieja abre otra vez los ojos como platos, mientras se instala un malestar pesado en la mesa. Aunque no todos han entendido lo que acaban de oír, han sentido lo que había de grave en esas palabras y no se atreven a abrir la boca, ni siquiera a hacer un gesto. Sólo la profesora arriesga una mirada rápida y, ante la preocupante palidez del joven, deja de masticar y se traga apresurada el bolo alimenticio. La berenjena frita y la tostada mal machacada se le atascan en la garganta, se atraganta y tose sin parar. Con la mano derecha se cubre la boca, pero incluso así marca el mantel blanco con salpicaduras, mientras la servilleta, presa entre los dedos de la otra mano, emite señales confusas. La vieja se levanta y ayuda a la profesora, le golpea fuertemente la espalda y le acerca un vaso de agua. El viejo y el joven siguen ajenos a la repentina agitación, ni se mueven. La profesora parece recuperarse y arranca estertores del fondo de su garganta. Se lleva finalmente la servilleta a los ojos lacrimosos.

«Perdón», consigue decir apenas, y se retira de la mesa moqueando.

La vieja vuelve a la silla, mira duramente a su marido y se sirve berenjenas. Pasa la bandeja al joven, que se limita a esbozar una señal de rechazo. Se levanta otra vez, coge del mármol de la cocina uno de los cuatro platos de postre y lo coloca delante del huésped. «No puede quedarse usted sin comer, tome por lo menos este trozo de papaya».

El joven no toca el plato, sigue pálido, la cabeza erguida, un adolescente furioso en franco desafío. Al observar la chispa que le arde en los ojos, el viejo está a punto de balbucear algo.

«Rabia», dice el viejo en un impulso, entre dientes, como si acabase de pillar la palabra tenaz que tanto se le escapaba pero que se debate ahora en su boca. Es como si llegase con esa palabra al nervio de aquel joven. «¡Rabia!», repite de manera audible y sin propósito aparente. Y parece que sonrío.

La vieja abre por tercera vez los ojos como platos, como si el mundo se hubiera vuelto definitivamente loco.

El viejo se levanta y la vieja lo interpela con la boca llena:

«¿Adónde vas?».

El viejo no responde. La vieja se traga la comida, aparta con rudeza el plato, y grita:

«¿Adónde vas?».

El viejo sale de la cocina encogido por el chaparrón que su mujer le suelta: tira la silla cuando se levanta, maldiciendo al recoger platos y cubiertos, como si lo arrojase todo contra la banqueta del fregadero.

El viejo cruza la sala y llega al porche ya oscuro. Cierra la puerta, consciente del silencio que hay allí y aspira profundamente, soltando todo el aire con la boca como un pico, aliviado. Pero el perfume es fuerte, extraño y sospechoso, se esparce por la atmósfera oscura. Se desplaza lentamente por el suelo de madera mientras el perfume se insinúa en todo: en las paredes, en las columnas de madera envueltas en retorcidas hiedras, en la fantasía fallida de la balaustrada.

«Hay un fuerte olor a perfume en nuestra casa», murmura intrigado.

Desde lo alto de la escalera que lleva al jardín, encuadrado por los extremos del porche, recorre atentamente con los ojos el follaje que acoge la estridencia de los grillos. En el pequeño parterre circular, el ciprés romano se yergue erecto y soturno en el centro, con la punta por encima del tejado de la casa, casi indistinguible a la escasa luz que se expande desde la farola más cercana. Nada balancearía sus ramas tiesas en esa noche de bochorno, pero un juego apagado de luz y sombra tremola suavemente en la pared del fondo, donde dos puertas dan acceso a las habitaciones independientes de los huéspedes.

El viejo suspende la investigación, va hasta el rincón desde donde divisa mejor la calle, y se acomoda en uno de los sillones de mimbre. Cruza las manos, y de nuevo aspira el profundo perfume.

Los pasos en la acera repercuten pausados en el porche, se acercan a la casa. El viejo no se mueve. Los pasos pierden el compás junto al portalito de la verja, pero luego retoman el mismo ritmo. El viejo se inclina a la derecha y, a través del espacio entre dos balaustres, sus ojos casi chocan con el mismo espía, que sigue adelante sin apresurar el paso. Siempre pausados, los pasos se alejan y desaparecen.

El viejo se encoge cuando el huésped deja la sala y, ya en el porche, se dirige al fondo, paralelo a la calle. El chico pasa por delante de la puerta de la profesora, donde una raya de luz marca el umbral, y llega a la puerta de entrada a su habitación.

Hundido en el sillón, en el otro extremo, el viejo oye primero el ruido discreto del pomo al girar, ve cómo se abre medio batiente de la puerta y se endereza cuando la luz de la habitación se

enciende sin que el chico haya tocado el interruptor, paralizándolo en el momento en que iba a traspasar el umbral. Antes de que pueda retroceder, una mano desenvuelta surge del vano de la puerta y, alargándose en un brazo obscenamente blanco de mujer, enlaza por detrás la cintura del joven, empujándolo hacia dentro. Y la misma mano, sinuosa, cierra la puerta con llave. Las manos del viejo están agarradas a los brazos del sillón. De la habitación de la profesora llegan sofocados los estertores de otro acceso de tos.

Nuevos pasos en la acera. El viejo se levanta. Una señora, misal y mantilla negra en mano, se acerca seguida por un perro callejero. Se saludan, Poco después, con andar seguro, dobla la esquina. Nadie más en la calle, sólo el silencio del porche. El viejo se vuelve a sentar, se pasa la mano abierta por el rostro, como si se secase el sudor. Y estira entonces las piernas, apoyando los pies en el asiento del sillón de enfrente. Lánguido, distendido, cierra los ojos. «Jaranas», murmura, y se duerme.

«Saca los pies del sillón», ordena la vieja,

El viejo abre asustado los ojos.

«Saca los pies».

El viejo retira los pies del sillón, mientras la vieja se sienta.

Él lanza una mirada temerosa hacia el fondo: el porche está tranquilo y oscuro. Ha desaparecido la raya de luz de la puerta de la profesora, ya entregada seguramente a su sueño solitario. Los dos vuelven a enfrentarse, casi chocan con los ojos. El silencio atento de la vieja exige duramente una palabra a su marido.

«Están pasando cosas en nuestra casa», dice finalmente el viejo. La vieja se endereza y sus ojos brillan en la oscuridad.

«¿Qué andan diciendo por ahí?».

El viejo no responde.

«Dímelo».

El viejo no responde.

«Cuenta, hombre».

«Ya te he dicho que están pasando cosas en nuestra casa».

«¿Qué cosas?».

El viejo baja la mirada.

«¿Vas a hablar o no?».

El viejo se cierra en banda y desvía la mirada hacia la calle, mientras la vieja se levanta furiosa e imita a su marido forzando la voz:

«“Andan diciendo cosas por ahí...””, “Van a pasar cosas...””, “Están pasando cosas en nuestra casa...””. ¡Qué cruz de viejo!».

Le da la espalda, abandona el porche y da un portazo al entrar en la sala.

El viejo no se altera, no pierde la serenidad. Nada en su semblante revela aflicción, ninguno de sus rasgos delata emoción alguna. Mira hacia arriba. El cielo, como un fruto, está maduro. Y hay en todo un clima silencioso de espera.

CRISANTEMOS

... en realidad yo ya estaba poniendo la cena en la mesa cuando llamaron a la puerta, yo misma fui a abrir, un chico que apenas conocía me dijo que Luca me mandaba llamar para que fuera «rápidamente, doña Ermínia, don Luca dice que es grave», no tuve ni tiempo de preguntar con aquel susto ni sé qué podría haber preguntado al muchacho, que se escabulló de allí sin que me diera ni cuenta, me quedé un instante parada, pensando, pensando cosas atropelladas, y ya me estaba deshaciendo el lazo del delantal mientras oía el estrépito de mis niños en la mesa, aporreando los platos impacientemente con los tenedores, sólo sé que, sin pensarlo, tiré el delantal sobre una de las sillas de la sala, dejé a todo el mundo en la cocina esperándome, salí casi corriendo con toda mi corpulencia y enseguida estaba en medio de la calle, pensando que iba a hacer plof en cualquier momento sin que nadie me ayudara, pero incluso en aquel estado trastornado podía oír, procedente de las casas, la risa, la vida a la hora de cenar en cada hogar como allí en mi casa, y me parecía gracioso que yo, tan preocupada, con unos pensamientos tan raros rondándome la cabeza, todavía pudiera pensar con un hilo de atención en lo que pasaba, y cuando llegué a casa de Luca, me asusté con el rechinar del portón de hierro, parecía incluso que ya hubiera pasado algo siniestro y, mientras avanzaba por el pasillo lateral, observé que las ventanas y las puertas estaban cerradas, como en una casa abandonada, poco después, me quedé parada, con las piernas temblorosas, sin fuerza ni para subir aquel escaloncito y, cuando la puerta se abrió sin que yo hubiese llamado, fue un *shock*, no porque Luca apareciese así de repente en el vano, sino porque era la primera vez que lo veía de aquella manera, la cara sin la vitalidad acostumbrada, como si se estuviera mostrando por la parte del revés, y lo que me intrigó fue encontrar la sala medio en penumbra, y cuando Luca dijo «entre, Ermi», con la voz más hundida que se pudiera imaginar en aquel hombre vigoroso y enérgico, sólo sé que el corazón se me salía por la boca, me ardían los ojos e, impresionada por aquella imagen de niño triste y solitario, todo lo que quería preguntar era «¿y Dinho, mi ahijado?», pero no lo conseguí, y cuando Luca se apartó un poco para cederme el paso, entré en la casa, llena de presentimientos, y al tocar con la mano el interruptor, sentí cómo la mano de Luca se cerraba firme sobre mi muñeca y, cuando dijo «no encienda», me quedé todavía más perturbada porque no comprendía por qué, y sólo pregunté «¿y Dinho?», «¿y Lucila?», y él, sin responder, retiró la mano que me apretaba, y seguimos callados, aunque ya podía ver mejor las cosas, recorrí con los ojos la barba crecida, el desaliño de la ropa, y no estaba segura de que él murmurara algo cuando lo miré, pero me pareció que decía «ha sido el polvo del viaje», que me pareció extraño que fuese eso, él que no era de viajar a ninguna parte, y, como no era cuestión de hacer preguntas, sólo sé que, de un vistazo, vi mejor las cosas de la sala, el jarrón de flores sobre la vitrina, y ahí reparé en los crisantemos que, hacía menos de veinte días, Lucila había traído de casa, y ésa fue la última vez que nos vimos, estaba friendo no me acuerdo qué para la cena, cuando sentí una sombra en la cocina, era Lucila, apoyada en la pared, quieta, quieta, tuve la impresión de que hacía tiempo que estaba allí, me sequé las manos en el delantal y dije «¡Lucila!», pero ella no me miraba, con una cara que daba pena, y sin más salió de la cocina, apenas me dio tiempo de apagar el fuego para seguirla a la sala, con un andar indiferente a todo, y yo, sin bajar la escalerita de la terraza al jardín, me quedé observando a

Lucila, ajena a mí, cogiendo sin prisa, vara a vara, los crisantemos, volví a llamarla, pero ella ni siquiera levantó la vista, hasta que, con aquel aire perdido, salió a la calle con la brazada de flores, y yo, pensando sólo en aquella rareza, me quedé en el porche viendo con amargura cómo ella se alejaba, y debían de ser los mismos crisantemos que estaban allí en el jarrón sobre la vitrina, chamuscados por la llama de un pabilo, de esos que se sumergen en un vasito con aceite, tan cercana que las flores se habían marchitado, quizá podrido, exhalando mal olor y nada hacía suponer comida en la casa, menos aún señal de mesa puesta, y, al darme cuenta de todo eso, parecía que estaba empezando a poner un poco de orden en las cosas, y eso me dio un poco de seguridad, por decirlo así, porque lo que pasaba de verdad es que sentía una opresión dentro, especialmente porque me dio por pensar en esa imperdonable falta mía, yo que me había propuesto desde aquel día de los crisantemos pasar por casa de Lucila, pero también vamos siempre corriendo, parece una locura, ni aquel día, ni el siguiente, ni el de después, es increíble cómo nunca tenemos tiempo para nada, los niños me vuelven loca, además, la descomposición de Zitinho, el mayor, todo el día con diarrea, imagina si Miro no me hubiese hecho dejar la escuela rural después del nacimiento de Tico, que es el segundo, imagínate..., imagina lo que sería ahora, menudo desorden, el día entero detrás de las travesuras de los niños, una colección de demonios, sólo me consuela la paciencia de Miro, que se pasa la vida diciéndome, muy serio, «mi, hay un cedazo de un tamaño inimaginable y quien lo maneja nos mueve como quiere, pero hay momentos en que todo está normal», y yo ya le he dicho que no hace falta que me lo diga, que no dudo de la existencia de ese cedazo, pero cada noche que se olvida de los amigos y se queda en casa, después del lío de los críos durante la cena, cuando ya he dejado la cocina arreglada, tranquila en su oscuridad y después de llevar a los diablillos a la cama, esos demonietes que son toda mi vida, y ya todo está dormido en la casa, todo en su sitio, Miro y yo nos vamos al porche, nos sentamos allí con la luz apagada, ruiditos de insectos entre el follaje, todo tan romántico, y ahí Miro dice lo que dice siempre esas noches que se queda en casa, «¿ves, Mi? Ahora el cedazo está quieto en el murete de la era», y es casi todo lo que me dice después de haber hablado ya de los asuntos de la hacienda y de que yo le haya contado las cosas de la casa y de los críos, y entonces Miro dice lo que espero, y no sirve de nada que le recuerde que ya le he dicho mil veces que no me diga eso con ese tonito de palurdo, que podríamos irnos a la habitación sin necesidad de esa bromita maliciosa, pero él sólo sabe reírse con ese cacareo de gallo, aunque es cierto, el cedazo, sin la malicia de Miro, descansa realmente a ciertas horas, y no sirve de nada que gesticulemos antes de tiempo, como dice Miro, no sirve realmente de nada, por eso cuando pensaba en Lucila y en todo el trabajo que me impedía ir a su casa, me ponía a pensar como piensa Miro, que sólo nos movemos para disimular, porque no somos nosotros realmente los que nos movemos, que todo acaba ordenándose solo y que si no había habido oportunidad de ir a casa de Lucila era porque no había que ir, pero que todo acabaría por desembocar donde debía, aunque esas cosas aturden, porque, como estaba pensando aquel día, aún cruzo los brazos y quiero ver quién va a limpiar las gracietas de Zitinho, eso es muy complicado, por eso creo que Miro tiene razón cuando dice que no tenemos que pensar en ello, que es una tontería romperse la cabeza, que no es cosa mía andar revolviendo en eso, que mis únicas preocupaciones tienen que ser la casa y los críos, pero, por increíble que parezca, en aquel rato en casa de Luca estaba dándole vueltas a ese ovillo, enredándome en él, y que a nadie le extrañe que me pase eso, nadie puede imaginar lo que puede pasar por nuestra cabeza en una situación como ésa, e incluso en otras más raras, es verdad que todo sucede atropellada y desordenadamente, pero si no vamos con cuidado incluso se nos escapa un chiste en un velatorio, sólo sé que cuando pensé en preguntarle no sé qué a Luca, él ya se había apartado un poco, estaba de pie en la entrada de la habitación que daba a la sala, esperándome

con los hombros y los brazos caídos, «no es posible que sea Luca, no es posible que sea él mismo», pensé, y entonces empecé a salir de mi ovilla, di unos pasos en dirección a él sin decir nada, y, en cuanto me acerqué, Luca abrió la puerta y me dejó pasar, apartándose, endureciendo la expresión, y eso me hizo desistir de preguntarle nada, preguntar qué, si ni podía abrir la boca, además, en esas situaciones, como dice Miro, es mejor andar que hablar, por eso entré en la habitación, donde había un par de zapatos en el suelo, bien colocados, zapatos grandes, para los pies de Luca, y se me ocurrió que aquella habitación, que tenía una ventana abierta al patio, donde sólo había un armario alto y una cama de soltero, la habitación que yo sabía que era la de Dinho, mi ahijado, me quedé perpleja al pensar que era aquella la habitación donde dormía Luca, seguramente todas las noches, separado de Lucila, cómo podía imaginarlo, ese hombre que despertaba fantasías en tantas mujeres..., es verdad que hace tiempo que corrían rumores maliciosos, no quiero ni hablar de eso, y ese recuerdo me impresionó, sentí una gran incomodidad al pensar en ello, pero me recuperé cuando, por segunda vez, sentí la mano de Luca sobre mi hombro, «ella debe de estar en su habitación», dijo, como si hiciera un gran esfuerzo para decir tan poco, un poco que fue la gota que inundó mi raciocinio, yo ya no sabía pensar nada, me pareció mejor acompañarlo, atravesamos la sala en silencio, sólo las cosas de la vitrina vibraban un poco, y entramos en el pasillo que comunica con el despacho, pero él se detuvo en mitad del pasillo y en cuanto abrió la puerta de la derecha, entré en la otra habitación, y allí en el suelo otro par de zapatos, más pequeños que los de Luca, pero no tan pequeños para un chico de trece años, eran de mi ahijado, no tuve dudas, pero no fue sólo eso, recorrí con los ojos hasta donde me lo permitía la penumbra, la cama de matrimonio deshecha, la sábana arrugada dejando medio descubierto el pijama de Dinho, «no, no es posible», pensaba yo, y, profundamente trastornada por las cosas escabrosas que se me pasaban por la cabeza, vislumbré, con una angustia sofocante, a Lucila en uno de los rincones de la habitación, acucillada, con la mirada perdida, me aparté despavorida y encontré a Luca todavía parado en el pasillo junto a la puerta, con la misma pinta de ahorcado con los pies en el suelo, me lo quedé mirando, de frente, y, sabiendo que él, incluso con la cabeza baja, no podía ignorar la manera como lo miraba, tanto que no tardó en hablar y dijo «casi trescientos kilómetros de ida y otros tantos de vuelta en un solo día, llegué y encontré la casa y la cama de ellos así», y la voz hundida no era la de Luca, seguí mirándolo de frente y fue casi un murmullo lo que oí, pero entendí muy bien cada palabra, «cosas de las que no me atrevo a hablar», y cuando corrigió, «dejé a nuestro Dinho en un colegio interno», sentí que no tenía nada más que decir, dejé a Luca en el pasillo, encendí la luz de la habitación y volé hacia la esquina donde estaba Lucila y, al acercarme a ella, no sabía qué hacer, acabé inclinándome con las manos apoyadas en las rodillas, con un esfuerzo para mantenerme curvada y me quedé mirándola con la esperanza de encontrar un punto de luz en aquella mirada vidriosa que no me veía, sufriendo al verla acorralada en aquel rincón, la falda del vestido se le había subido al regazo, dejando las piernas, delgadísimas, al descubierto, e incluso con mi cara muy cerca de la suya, no oía su respiración, tuve el presentimiento de que Lucila había entrado irremediablemente en un túnel del que no volvería a salir, entregándose a un final sin regreso, se me humedecieron los ojos, empecé a llorar cuando fui consciente del ruido intermitente de las gotas que caían al suelo, no quería creerlo, y entonces su imagen inteligente, algo engreída, desafiante, me explotó en la memoria, diciendo cuando todo era aún normal, de aquel modo suyo exuberante, llena de rebeldía, «no somos más que unas hembras menstruantes», y yo allí, encorvada, me quedé balbuceando en solidaridad, como una tonta, «hembras menstruantes», «hembras menstruantes», y repetía aquellas palabras de otro tiempo sin saber qué solidaridad era ésa...

NOTA A LA EDICIÓN

La presente edición de *Una niña en camino* suma a los relatos publicados en la edición brasileña de 1997 «Crisantemos» y «El viejo», recogidos en la *Obra completa* de 2016.